

La ideología: teoría

José María Bulnes

1. La crisis de la conciencia media y el redescubrimiento del mito

Es necesario recordar, al mismo tiempo, la afirmación de Engels de que la economía sólo en "último análisis" es el resorte de la historia (...); afirmación que es preciso vincular directamente al pasaje del prefacio a la Crítica de la economía política, donde se dice que es en el terreno de las ideologías donde los hombres toman conciencia de los conflictos que se manifiestan en el mundo económico.

Gramsci

I

Hablamos de la clase intermedia, sin nombre definitivo, a la que pertenecen, por su extracción, no sólo la mayoría de "los intelectuales", sino en todo rigor decenas de millones de seres humanos, y que da la tónica de la vida "moderna" y de las ciudades en nuestros días.

"Clase" o espectro de niveles intermedios; se define ordinariamente por lo que no es.

A la intensa sensualidad que la caracteriza, se suman su maleabilidad e indecisión. Enfrentados a la velocidad del "cambio", sus hombres y mujeres oscilan entre la nostalgia de lo tradicional, la religiosidad del futuro y la utopía.

No logran mantenerse en la aventura —siempre inédita y temible— de una lucha sostenida sin desfallecimiento por aquello que ansían.

Y esto mismo más lo imaginan que lo saben, quedándose en las formas que les permiten seguir soñándolo.

De ahí su tristeza y perturbación, convencidos como están de que en alguna forma se dispondría de todas las posibilidades, así como de una gran riqueza acumulada. De modo que las vidas que ven perderse en una abundancia que resulta siempre exigua, serían la más terrible prueba de la fragilidad del espíritu humano. Y si a esto se añade la miseria de una cantidad diez o veinte veces mayor de desposeídos que nada pudieron obtener de esa riqueza generada por su trabajo, y que nada podrán esperar

de sus desencantados poseedores, es el irrenunciable sueño de un mundo nuevo el que queda para ellos en entredicho.

La Historia, que de manera tan decisiva fundamenta la conciencia del hombre moderno de hoy, le señala a la clase intermedia el trazado seguido por las reacciones y respuestas de la clase empresaria que le dio su nombre al mundo *burgués*, cada vez que ésta vio amenazado en algún momento el panteón de las seguridades y satisfacciones en que apoyó desde un comienzo su buena conciencia.

Arrastrada también tantas veces a unas guerras que no fueron suyas, le son conocidos los hitos de ese trazado, donde invariablemente hubieron de sepultarse, revueltas, las creencias, la objetividad científica y los principios morales o humanos más elementales.

Y, más o menos, conoce los pasos del proceso:

Sabe que la religión medioeval era insostenible, y que hubo de adaptarse, pues era un estorbo para la organización del trabajo masivo de los desposeídos en aras del lucro indefinido. Lo mismo, para la competencia y la acumulación sin barreras, y para el ejercicio del poder absoluto. Y que estas empresas se podían apoyar mejor en la "objetividad" de lo "natural"; vale decir en la gravitación libre de "las fuerzas" disponibles, en su aspecto más abstracto y despersonalizado de tales.

El cambio se justificó en vistas a un futuro de felicidad, que no significaba de por sí ninguna coerción para el espíritu, y que habría de alcanzarse también "naturalmente", por el equilibrio a que tienden todas las fuerzas en la naturaleza y por la bondad natural de cuanto existe, incluido en ello el hombre y su razón.

Se le ha enseñado que esa búsqueda, traducida para el proceso productivo nuevo en el ideal de un solo gran mercado abierto a todos los esforzados merecedores de la igualdad, se tradujo a su vez, en lo político, en la construcción de una radiante democracia republicana neo-clásica, extendida en cada nación moderna a todos sus habitantes. Y, en la concepción y conformación de un nuevo Estado, generado desde el consenso de los letrados, que asegurara la reproducción del sistema, protegiendo las reglas de su juego en nombre de la libertad. Incluyendo junto a esas reglas todo aquello que, aun siendo reprobable, no podría ser atacado sino al precio de limitar esa libertad, o de turbulencias y desajustes incontrolables.

Las consecuencias de este proyecto político industrial de míticos respaldos y utópicos horizontes, tan ajustado y "realista" en lo presente, y que marcó el fin definitivo de una era y el comienzo de otra, sólo habrían de irse revelando muy lentamente y por embestidas sucesivas, estando aún lejos el fin de esa revelación.

Y la clase intermedia conoce los análisis críticos del proceso capitalista y las deducciones sobre su némesis inevitable que han acompañado la predicación del socialismo, así como las nuevas apocalípticas comprobaciones del estrechamiento del ámbito vital terrestre.

Pero hay cosas que la Historia no entrega, y que no se aclaran.

Es muy poco lo que se ha dicho en relación con las transformaciones que se han ido operando y que, predeciblemente, se seguirán operando en la conciencia y en el proyecto social de las masas humanas que han vivido largamente en el marco de ese proceso.

No se ve que se hayan considerado cabalmente todos los aspectos ni todos los momentos por los que habrá de pasar el proyecto individualista, antes de su fin histórico global.

Y más confunde que aclara, por la falta de un sentido histórico real y por su frecuente coincidencia con señalamientos políticos intencionados de muy otro origen, lo que se dice sobre aspectos críticos particulares, en llamamientos de alarma, en el terreno de la utopía o de la ficción.

En lo que sería mayor responsabilidad del socialismo, quizás por el pecado o las exigencias de toda evangelización programada, se descuida lo que no parece determinante fundamentalmente en esa "última instancia" que permite el anuncio profético entusiasmante del final de todos los padecimientos. Y que la consolidación en algunos países de la revolución ha obligado a dirigir los esfuerzos demasiado en una sola dirección, inevitablemente parcial y suficientemente clara y excluyente como para que no haya sido posible hasta ahora levantar una disputa abierta sobre cosas que sólo podrían esclarecerse a través de múltiples experiencias y un debate muy difícil, muy complejo, gigante y prolongado, de imprevisibles consecuencias para una institucionalidad nueva y cercada, cuya fuerza reside en gran medida en su monolítica organización.

Quienes pudiera pensarse, pues, que más capacitados estarían para entrar libremente en el debate de la modernidad burguesa, no están en general muy disponibles para todo lo que haría falta.

Por su parte, los hombres de fe que pudieran encontrarse diseminados en las viejas iglesias, cogidos en medio de una guerra que los pone entre dos violentos fuegos, quizás temerosos de un prematuro repudio desde la jerarquía de sus instituciones, o de debatir resuelta y detalladamente los procesos del sistema establecido que las apoya, y que contradicen lo fundamental de su predicación, eluden generalmente el tratamiento ético de fondo de unos problemas que por vocación y oficio les corresponderían.

De este modo, sin las luces provenientes de ninguna instancia institucional mayor, ética ni política, las alternativas de la conciencia y las mociones que abrigan íntimamente, sobre sí mismos y sobre la sociedad, millones de miembros de la sociedad moderna, apenas si resultan tocadas, como objeto de descripciones o diagnósticos más o menos arbitrarios y tautológicos y de terapias relativas, por la psicología o las ciencias sociales. Sin que falten entre estas profesiones o disciplinas y en sus alrededores —con algo de iglesias y de frentes políticos— los movimientos de encendidos denunciadores iluminados, como en la Edad Media.

Con todas esas denuncias parciales, muchas veces contradictorias, utópicas, sin dimensión histórica, abstractas, ideologizadas o sólo autogratificantes, es poco lo que se puede hacer.

Pero de todo se hace uso: uso comercial, uso ideológico, uso social, uso institucional, uso profesional y uso político, puesto que se trata de algo demasiado presente y acuciante como para ser ignorado.

Es la moda. Son los espectáculos, los argumentos, historias e historietas inagotables, las imágenes, los casos, la información y los reportajes, los libros y toda la máquina de visualización y lectura, apuntando al continuo acrecentamiento y a la satisfacción momentánea de necesidades del espíritu, de la sensibilidad y de la afectividad —oscilando entre lo real y lo imaginario, entre la reacción y la revolución, entre la mentira y la verdad, entre la domesticidad y la bravura, entre la educación y el escándalo, entre lo adormeciente y lo exacerbante.

Todo se acepta, según la dosis, como parte del mundo que es preciso conocer y vivir y que, como realidad, saber y vida, no podría hacer daño.

Al fin, son los mismos consumidores los que entran como productos y vendedores en el mercado libre de espejos en que se convierte lo moderno urbano de nuestro tiempo.

Y nada tiene de sorprendente que las dicotomías morales no funcionen, puesto que las categorías opuestas que las fundaban se hacen —en la presencia de la multiplicidad y simultaneidad de los casos que reflejan todas sus posibles combinaciones— cada vez más abstractas e hipotéticas.

Por otra parte, ello favorece la posibilidad del continuo desmoronamiento de las barreras diferenciadoras tradicionales, que práctica e ideológicamente se establecieron al interior del nivel social más multiplicador de los procesos productivos de transformación, y entre este nivel y los niveles extractivos primarios. Y este desmoronamiento desembaraza la aceleración del impulso energético intermedio, sobre la base de siempre nuevas exclusiones, cada día más sutiles o efímeras, que satisfacen las necesidades que se materializan bajo los eternos símbolos de poder y de jerarquía física, intelectual o moral.

Pero es entonces también todo un mundo, representado por un decisivo y extenso nivel social, el que va siendo empujado al borde del colapso o de su quiebre definitivo, entre la acción concertada de las concentraciones económicas que lo gobiernan, lo utilizan y alimentan, y la insurgencia, cada vez más difícil de ahogar, del mar humano sobre cuyas espaldas funciona el sistema.

Colapso o quiebre ideológico, político y económico, que sólo como problema aterroriza, y que al hacerse inminente obliga a tomar partido en la revolución o la renuncia a todos los ideales igualitarios y de libertad. Y, tantas veces, a escoger el camino de la rendición de la propia conciencia, en la indecisión, el goce o la enajenación.

Esta salida, consciente o inconsciente, que es la coartada psicológica más simple y socorrida, y que se ofrece en todas las intensidades y en toda la gama de los matices personales, se define por la confusión. Y en ella se da también la descomposición: en el dolor de la comprobación de lo efímero e inútil de la vida humana, y de la inasequibilidad de una fun-

dación —de una fe o de una empresa—, sobre la cual imaginar y crear una nueva vida.

Pero si la descripción que hemos hecho hasta aquí es cierta, y si acaso hay una salida, pudiera ser que precisamente en este medio intermedio social tan débil, corrompible y confuso, cupiera poner en lo inmediato una fundada esperanza.

II

El proceso capitalista moderno no sólo ha significado un proceso de transformación profunda de las clases en función del predominio del capital. Ha acumulado también, efectivamente, una gran riqueza. El problema sería saber dónde. Y comprender que probablemente no tanto donde se cree, esto es, en sus capitales industriales y financieros, ni siquiera en su tecnología, sino en la materia humana acumulada también para servir —no ya como individuos, sino como clase con conciencia orgullosa— de sostén social, político e ideológico al mismo proceso.

Sin que esto sea un hablar tan metafórico, la fisión revolucionaria de esa materia humana sería carta muy decisiva del triunfo de un mundo nuevo. Ésta sería la primera tesis.

La segunda, podría leerse como un corolario de ella: los pasos hacia esa fisión habrían de darse en el terreno de la ideología, como el primero en que se toma conciencia por sus miembros, del conflicto económico que generó el mundo confuso, de muerte y sin clara salida, en que ella se encuentra.

En esta dirección, sería preciso antes que nada reconocer los hechos. Comenzando por el de que es la clase intermedia la clase social de extracción de quienes han representado la vanguardia del pensamiento revolucionario.

El paso siguiente sería hacerle entender al mayor número de los hombres y mujeres que la forman, que la revolución que puede traer una mayor justicia y garantizar su sobrevivencia en confusión con las clases definidas como proletarias, sólo es posible por su propia transformación, si son capaces de fundar, precisamente en lo que les parece más inestable, una permanencia.

Hacerles ver que esta transformación de hecho se ha ido dando junto con su crecimiento, y con mucha mayor profundidad de lo que ellos parecieran tener conciencia. Y que es la intuición de esto, inevitable en la comprobación de su situación inestable y acorralada, y su equivocada interpretación, explicable desde la ausencia de proyecto político, el origen de su temor.

Desde este punto de vista, muchas notas que definen su mundo y situación, presente en cualquier parte, que a ellos les parecerían negativas, se vuelven positivas.

El desmoronamiento de barreras entre lo público y lo privado, por lo que toca a la mayor parte de la población urbana.

El forzado auto-servicio que se les impone desde abajo hacia arriba en la escala social, paulatina e inexorablemente, en innumerables quehaceres, responsabilidades y producciones —desde luego, en todo lo doméstico.

La irrupción, en todos los niveles sociales, de las formas y materiales más populares en la música, el lenguaje, la comida y la vivienda.

El acento que se va poniendo en lo colectivo, con la aceptación de los medios comunes y de la promiscuidad que establecen las concentraciones urbanas mismas.

La incorporación creciente de lo vulgar, como ingrediente valedero de las formas, compitiendo en un mismo nivel con las categorías tradicionales.

La generalización, en la conciencia de la transitoriedad y del cambio, de la valorización del instante y de lo pasajero.

Estos ejemplos, que reflejarían la tendencia a la homogenización de la vida de las grandes mayorías urbanas, pudieran ilusionarnos.

Frente a ellos se podrían consignar claras tendencias de signo muy contrario; empezando o terminando con lo que se observa, se diría que cada día con mayor complicación e iniquidad, en la jerarquización y ritual de las profesiones, de los círculos intelectuales y académicos y de las esferas de decisión y de gobierno.

Sin embargo, otros fenómenos, observables también en estos sectores como patrones universales, apuntarían en la dirección anteriormente señalada.

Las formas, por ejemplo, que asume la rebeldía o la búsqueda juvenil de formas de vida más auténticas.

O, en lo que sería una gran determinación de la época, como es el erotismo triunfante, la significación de la desnudez femenina y del engalanamiento o adorno del cuerpo desnudo, como asalto reminiscente de un paraíso liberado, sin defensas de ningún tipo, en que se desdibujan a la vez los signos aceptados de la castidad entrenada y exclusivista, como de la prostitución denigradora y las diferenciaciones de clase por tipos de belleza o de elegancias impuestas por el dinero.

Es imposible asegurar qué sentido unívoco o dominante puede tener un fenómeno como éste, de tantos antecedentes mezclados y que quizás esencialmente se juega en la encrucijada de muchas direcciones, aunque por primera vez seguramente en un espectro social tan amplio.

Pero no sería satisfactoria la descripción de estos hechos en términos de "colectivización", pues ellos estarían respondiendo a una afirmación desafiante y a un redescubrimiento de antiguos requerimientos olvidados. Como lo señala, también en la moda, la variedad y heterogeneidad de facturas, materiales y formas del vestido, donde lo común y lo más basto, incluido lo impropio y lo chocante, se mezcla con lo más rico y escogido, bajo el único imperio del gusto y del ánimo, para responder a los requere-

rimientos de la expresión de la sensibilidad, de la belleza, de la sensualidad y del sentido de cada uno.

Si hubiera que interpretar todo esto en otro sentido, o no en la forma demasiado directa que proponemos, habría que reconocer en ello, al menos, la realización de atrevidas anticipaciones poéticas y la comparencia presente de simbologías de lejanas épocas y culturas.

Y por ese camino quedaría también avalada la posibilidad que planteamos. Por el hecho de tratarse ya no del mundo que ha sido, sino del mundo que se soñó como el que podría o debiera ser.

En efecto, no es ya el juego poético noble o cortesano de tema pastoril o del retorno a la naturaleza, reminiscencia de la Edad Dorada de todos los tiempos; ni es el sueño, el contraste, o la anticipación del poeta; sino algo real y común, fruto no de una elucubración cuanto de una intuición socializada o, como se dice, de un "gusto" ya formado. Y el préstamo de formas, tomadas a otras culturas o épocas, tampoco es ya el refinamiento de unos juegos de élites exclusivistas: si lo es por un momento, deja rápidamente de serlo al adoptarse por la generalidad, correspondiendo, como de hecho corresponde, a una cultura presente en todas partes del mundo, abierta a todas las influencias y a todas las invenciones del presente y del pasado.

Y todo ello crea y se apoya en un ánimo, que es resultado de una ruptura de las barreras que contenían la existencia del grupo social, así como de una búsqueda y de la libre concurrencia de todos los ancestros y símbolos en un mismo mercado ideológico-cultural.

Es, en fin, simplemente la coronación del proyecto liberal burgués capitalista en su etapa mundial, y ya traducido en el nivel de la formación cultural. Y por lo mismo es el producto del mercado y de las fuerzas y formas que lo gobiernan, lo amplian y lo extienden, cumpliendo todas las leyes tendenciales del proceso, no siendo la menor la de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia.

Son, entonces también, es cierto, los medios de comunicación al servicio del proyecto capitalista y del imperialismo, así como "la sociedad de consumo" y la enajenación, pero todo ello bien entendido; no como causas, sino como resultados. Y con otro signo que el que ordinariamente se les asigna: un signo, de hecho, ambiguo, por potencial y por ser expresión de una situación que, en forma muy diferente a los mecanismos de explotación de las fuerzas del trabajo, apunta también a la reversión positiva de la situación imperante, en la superación de su contradicción.

También por lo mismo, nada de lo descrito se cumple serena y felizmente: al borde de la enajenación, en la tortura de la conciencia de lo inacabado y de lo que se hace puramente objeto exterior y espectáculo ante los demás, y en lo que la exacerbada conciencia de sí y la ambición prestan a un pensar individual, flotante y sin raíces, donde todo se confunde y se sigue reprimiendo en nombre de nuevos pruritos de defensa, no

puede ser, el que se vive, un mundo deseable ni muy diferente del de ayer.

Sería, por lo demás, indebido o imposible que lo fuera en un sentido valedero, en medio del genocidio programado.

Para vivir verdaderamente en la luz meridiana o en la pura transparencia, haría falta un arrojo especial y una constancia que es muy escasa; un sentido muy profundo de la belleza; una gran fe y una gran lucidez, y, seguramente, una inmensa capacidad de sacrificio. Conciencia, en el fondo, de todo el problema y del "mito", de la síntesis de las acciones, de la acción principal y única, realizando, a la vez que se busca, aquello que nunca se ha de encontrar en un sitio determinado, sino sólo a través de todo lo existente.

Nada de esto podría ser muy propio de una clase definida en buena medida por una indefinición, y que sólo comienza a adquirir una más verdadera conciencia de su situación en la imposibilidad que experimenta de sostenerse sobre una utopía quebradiza.

Sólo decimos que a ello se podría llegar, como única o mejor salida.

Y es, claro, distinta la situación de la creciente clase intermedia, con sus fronteras cada vez más difusas, en los países metropolitanos industrializados y en los países en proceso de modernización que de ellos dependen.

En los primeros, quedan aún, mientras quedan, márgenes relativamente elásticos y amplios para compensar el objetivo deterioro, por sofocamiento, de la situación de las grandes concentraciones poblacionales urbanas y de la situación particular de unas capas medias cuya remuneración por sus servicios se va haciendo relativa o absolutamente menor en la escala de los salarios en general. Aunque el problema sea efectivamente crítico y no sólo de un desajuste pasajero de la oferta y la demanda en el mercado de trabajo del sistema; y que es el horizonte mismo de las aspiraciones materializadas en muy concretos niveles de vida o de consumo, y aun de cosas determinadas, lo que se quiebra.

En los países dependientes en proceso de modernización, la situación es mucho más aguda y sin salida aparente y, por lo mismo —insistamos—, más esperanzadora en la dirección de un nuevo proceso revolucionario.

La instauración del nuevo tipo de regímenes fascistas latinoamericanos al servicio del imperialismo y de las corporaciones transnacionales norteamericanas y de las altas burguesías locales agrupadas alrededor de unos cuantos centros de monopolización del capital, sobre la base de la superexplotación y pauperización de la población, ofrecerá en los próximos años una base nueva para la comprobación o refutación de lo que sospechamos. Y no será un caso excepcional, ya que no se trata en absoluto de un fenómeno casual, sino resultado de la crisis o de la fisión planteada.

Pero no nos engañemos, será sólo una base de prueba, de por sí no suficiente.

Lo que faltaría para probar nuestra tesis en cualquier caso, sería el llenar la ausencia de proyecto político.

Decimos proyecto político y no *un* proyecto político, porque creemos que lo primero es la recuperación de la dimensión colectiva, sin la cual la vida individual, aunque sea parte de la vida de una clase o de unos estratos diferenciados, se convierte en lo único asible, aun sin alcanzar una conciencia diferenciada de sí.

Sólo en esta dimensión o sobre este proyecto político será posible descubrir o elegir *un* proyecto de vida y de conducta, o de acción, más determinado.

En otras palabras, es desde una visión, o a partir de ella, que se hace posible una definición que anuncie, anticipe o garantice un porvenir.

En el caso —para tantos analistas, perdido— de la clase intermedia en nuestros países, pudiera ser que una conducción nueva y limpia de las miradas sobre lo real, lograra hacerlas menos extraviadas, como para comenzar a comprender las raíces de un dilema no inventado, como es el suyo: anterior a su angustia y a los fantasmas que la pueblan. Dilema ante el cual irían compareciendo a juicio, por sí solas, las falsas salidas y disfraces, ideológicos y prácticos, que se inventan.

Sólo entonces cabría reexaminar las concordancias o contradicciones de intereses entre todo lo que constituye lo que llamamos la clase intermedia y las clases proletarias.

Hasta el momento esto no se ha hecho.

Sólo se ha tratado demagógicamente, o hablando demasiado en general, apelando a los sentimientos de patria y de conciudadanía, o éticos o religiosos de hermandad, cuando no desde un proyecto político de dados cargados, en que la clase intermedia se concibe como el pivote central de la sociedad.

Desde la izquierda, sobre la clase intermedia a menudo han recaído todas las atribuciones de culpa y todas las acusaciones de oportunismo, de enajenación y de corrupción. Y es muy frecuente, por lo mismo, la reacción individual confundida de sus miembros, que los lleva a enarbolar la bandera de un peculiar cinismo, declarándose cultores del dinero y de la fuerza del más fuerte.

No se puede negar la connotación peyorativa que, equivocadamente, arroja sobre toda la clase el nombre de "pequeña burguesía", en la entonación de la mayoría de quienes lo usan.

Pero es claro que no pretendemos que sea cosa de un acto mágico de la palabra. Y sin negar lo que la palabra tiene, en verdad, de mágico, cuando detrás de ella hay un descubrimiento y una historia, o una metamorfosis reveladora.

Y queda siempre el problema de lo que nos enseña la propia historia sobre los procesos sociales, y es el de que ellos no son ineluctables en un solo sentido, por lo menos en un mediano plazo que puede ser muy largo en relación con los términos de vidas individuales o de generaciones.

Y el hecho de que, hasta ahora al menos, si bien la clase intermedia ha sido el humus generador de todo el pensar crítico y revolucionario y de

los grandes conductores de los nuevos procesos, la manifestación de ellos se ha dado invariablemente a través de una ruptura con su medio. Nunca ha sido la clase como clase.

Tenemos, pues, el doble problema de la equivocidad de una situación potencial y el de la improbabilidad de una respuesta masiva por la vida y la austeridad, por parte de una clase que vive bajo un signo blando y ambiguo, de vida y muerte.

Pero nada de ello es un impedimento para intentar lo que es debido, ni una justificación para abandonarlo.

De lo que se trata es de acercarse a la realidad de la vida actual de las ciudades y de millones de hombres y mujeres, para reconocer su sentido de la vida y el sentido de lo que hacen, observándolo todo, cosa por cosa, y desde ahí plantear lo que haya que plantear y lo que se pide de ellos, siguiendo quizás la dirección que ellos siguen o que ellos buscan sin saberlo.

Entonces y sólo entonces se podrá ver mejor por dónde pasan las fronteras divisorias internas de esa clase intermedia. Y sospechamos que no sería raro que entonces se descubriera que esas fronteras fueran en muchos casos y en asuntos decisivos más ideológicas que de otra clase.

Éste ha sido, por lo demás, desde siempre, el problema de los hombres de fe, de los maestros y de los poetas. Reconocerlo es librarse de negarlo. En la situación particular de nuestros pueblos, sólo una determinación obcecada o desesperada pudiera ver ventajas en cerrarse a él, sin ganar de hecho nada con ello.

De parte de tantos que se niegan pudiendo hacerlo, esto se explica como parte del rompimiento de que hablábamos.

Y todo lo que pueda invocarse sobre lo que ha sido la conducta general del hombre y de la mujer de la clase intermedia en el pasado, sólo doblegados en su conservadurismo ocasionalmente y por la fuerza de los hechos consumados, no borra la significación decisiva de ella como medio germinal, dada por su misma esencia histórica, y menos aun puede permitirnos ignorar su situación presente y el proceso de su desdibujamiento en que ésta se inscribe.

Asimismo la distinción de su situación en los diversos contextos actuales, por regiones y países, así como la determinación de sus diferentes niveles y sectores internos, como base de predicción de las conductas que se pueden esperar dentro de ella, no deja de ser un método fundado en demasiados apriorismos, analogías históricas y economismos mecanicistas, en tanto no hay antecedentes de proyectos políticos de inserción de esa clase como clase en la lucha revolucionaria del pueblo.

Sólo en este nivel intuitivo, lo dicho nos plantea ya la necesidad de avanzar algo más profundamente en el terreno de la ideación colectiva que acompaña toda gran transformación de un mundo.

La irrupción de la aventura política y social moderna de masas, entre y frente a las formas sociales y culturales antiguas consagradas tradicional-

mente para proteger y diferenciar las clases y sectores sociales, ha permitido ir registrando y penetrando, desde el horizonte utópico que la ha impulsado en todo momento y en cada caso, las determinaciones secretas de la estructura ideológica, de los comportamientos éticos, de los caracteres de la conducta y de las formas externas con que se afirma o se expresa lo que constituye la conciencia y el proyecto que sobre sí mismos y sobre el mundo tienen los miembros de la sociedad moderna, como individuos ante su clase y ante el resto de la sociedad.

Pero está el problema de la determinación última de esas determinaciones secretas.

Manteniéndonos siempre en el terreno de las ideologías, descubrimos que esa determinación es esencialmente "mítica", por ser siempre una referencia a una síntesis totalizadora y unificadora de la diversidad en una acción o historia única que se propone, y que es condición de posibilidad de todo lo demás.

Si la generación y disolución del mito de una época se identifican con el nacimiento y la muerte de esa época, la vida de una época se identifica también con la vigencia de su mito.

Para la época moderna ha sido el mito de *la Razón*. Y, por lo mismo, el redescubrimiento del mito tiene tanta significación para nuestro mundo, no sólo como respuesta a las gesticulaciones del positivismo o del economicismo, o de los religiosos de la Ciencia, del progreso o del Futuro, sino también a las utopías y nostalgias de la indecisión.

Dicho de otra manera, la crisis de la conciencia media a que asistimos, es la crisis de un mundo que no ha reconocido su mito, siendo su mito la noción de que se ha alcanzado una "objetividad" o verdad última accesible a todos, que es superación definitiva del mito y base, por lo tanto, de un desarrollo posible indefinido en todos los terrenos, mediando sólo el uso de la razón y el comprometimiento de una voluntad por la vida y la libertad.

La realidad se limita así terriblemente en los marcos de esa pretendida "objetividad", y todo lo que no entra en ellos queda excluido y negado como "irracional" e incluso como no existente. Cuando más, se lo reduce a una problemática personal o social de "caracteres", o se lo desvaloriza en el desván de las formas caprichosas o inconscientes, o del juego de herencias y posibilidades, que explicarían todo lo que se da, desde los "gustos" hasta lo "estético".

Los grandes problemas antiguos sobre la cultura se abandonan por irresolubles o se remiten al esclarecimiento futuro que se logrará sobre ellos una vez superadas las contradicciones e injusticias presentes.

Todo esto forma una ideología delirante que se estrella, día tras día y cada vez con más fuerza, contra la dura e irreductible realidad hecha de historia, de vidas, de formas, y que resulta siempre inesperada e incontrolable.

Los hombres y mujeres que no son esclavos totalmente de su sustento, que en alguna forma participan en el gobierno formal de su sociedad y que

disponen de más tiempo "libre" para debatir y llegar a acuerdos con otros sobre lo que los rodea y se les ofrece, asisten, se alimentan y asimilan todo género de representaciones, proyectando también las suyas.

Participan como activos colaboradores en procesos impersonales y masivos de destrucción, despojo y explotación, sin saberlo y sin necesidad de saberlo, puesto que nada eligen ni determinan individualmente.

Creen en lo que se les ha enseñado y se les ha dicho. Pero, al mismo tiempo, experimentan y ven la tragedia y el dolor.

Puestos a escoger entre la revolución y su seguridad y vida acostumbrada, escogen lo segundo y sueñan con su perdón, su razón y su utopía.

III

Han de ser razones poderosas las que intervienen para que una palabra se haga necesaria o se incorpore, así sea como una moda momentánea, en el hablar corriente.

El recurso abusivo al término "mito", en el uso demasiado frecuente e indiscriminado que se hace de la palabra, hace olvidar el sentido del préstamo tomado al griego y a la antigua Grecia, y la razón de que el concepto de "mito" haya podido penetrar tanto, viniendo como es el caso de una fuente filosófica y filológica lejana a la determinación positivista del saber.

"El mito", entendido como orden de ideación colectiva y fantasmagórica de seres e historias inexistentes, en que se resumían, explicaban o describían los saberes más secretos o sutiles, o las ignorancias antiguas más angustiosas sobre el hombre y el mundo, hubo de servir desde el siglo XIX, según fuera la lectura que se hacía de él o de la explicación de Vico, para valorizar la materia de viejas tradiciones y creencias o para sentenciar las pretensiones de verdad de la religión.

Ya en este siglo "el mito" pasó a verse también como principal ingrediente o actor en la formación histórica de las ideologías políticas, del concepto mismo del Estado y de otras nociones aparentemente científicas. Y de la aceptación de un discurso sobre el mito, que llevaba muy lejos, se pasó a la aceptación del planteamiento de "el mito del progreso", "el mito de la Modernidad", "el mito de la técnica" y hasta "el mito de la educación" y de la propia Ciencia.

Coincidiendo con el cuestionamiento cada vez más fundado del carácter *verdadero*, aun en términos relativos, de la Ciencia como *explicación* suficiente o siquiera preeminente de la realidad y del hombre, lo que se señalaba era la falsedad o al menos la arbitrariedad de los supuestos y confianzas característicos de la civilización moderna occidental. Hasta denunciar incluso la arbitrariedad radical de toda forma de pensar o concebir globalmente el mundo y, por lo tanto, de cualquier pretensión de racionalidad última o verdad supra-histórica en el entendimiento del pro-

pio presente y de las condiciones finales de la superación definitiva de sus insuficiencias, contradicciones y dispersión.

A partir de la Segunda Guerra Mundial y del bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki, una gran cantidad de comprobaciones en todos los campos daban materia para el reconocimiento general del peligro radical de la aplicación de los saberes dispersos que la Ciencia dominante, o que la suma de las ciencias experimentales pretendía con característico orgullo haber establecido como fundamentos seguros para un desarrollo efectivo o deseable de la Humanidad.

La noción de "mito" pasaba a convertirse en capítulo importantísimo de la crítica, y con ella no quedaba debilitada la posibilidad o el avance de la crítica misma o de la lucha, pero se iluminaba con nueva luz el desaffo de la distancia que mediaba entre la crítica y la revolución o, si se quiere, entre la crítica y la revolución, por un lado, y la construcción de un mundo nuevo, por otro.

"Mito" dejaba de ser sinónimo de "falsedad", para entenderse como condición inevitable e ingrediente de la conciencia histórica y del mundo y, por ende, de "lo real" humano posible. Y se mantenía la advertencia y la duda sobre las seguridades definitivas que, frente a los ya comprobados extravíos del pasado y del presente, pudiera pretender alegar el proyecto histórico nuevo de construcción del futuro.

Se diría que con sólo ello había triunfado finalmente Vico en su polémica con Bacon y con todo el saber orgulloso de su época, y que se imponía ya como tarea una mejor y más fiel lectura de Marx.

La cronología de una tradición filosófica se hace guía iluminadora de los pasos que llevan de Vico a Herder, de Herder a Hegel, de Hegel a Marx, de Hegel y Marx a Croce, de Croce y Marx a Gramsci, sin olvidar en el camino a Sorel.

Siendo lo central el desvelamiento de la reincidencia en la atribución "antropomórfica" de causalidad, de acción o fundamentalidad, a unos forjados sujetos últimos, convertidos en responsables de la realidad, el entendimiento de la condición mítica del pensar humano significaba un paso decisivo en el esfuerzo por hacer transparente su verdadera naturaleza, identificando su exploración con la exploración precisamente de los límites de la operación que lo define.

Y valiendo para el caso la proposición de Wittgenstein de que de lo que no se puede hablar es mejor callarse, cabría completarla invocando la necesidad y la decisiva importancia de hablar hasta el cabo de lo que es posible hablar.

El mito no es, pues, en fin, otra cosa que el presente, y la posibilidad de sentirlo y de crearlo, dándole a la sucesión del acontecer, de las sensaciones, de las ocupaciones, y a las imágenes y pensamientos, un ritmo, un orden, una jerarquía; señalando un centro, y derivando desde él la importancia o no importancia de lo demás; estableciendo la relación entre lo que esperamos, lo que se aparece a nuestra atención y lo que recordamos.

Sólo en la medida que el mito es pasado, lo referimos a la imaginación, al temor, al no saber, a la fantasía. Porque en el presente no lo reconocemos como mito, sino como presente, como "realidad".

Pero el mito es, por lo mismo, lo real, lo que se nos impone como realidad. Y la palabra sería sólo uno de los vehículos del mito. Otros serían las artes. Otro, nuestro cuerpo y cada uno de nuestros sentidos, formados y educados históricamente, ligados tan profundamente al propio mundo humano. Otro, en fin, nuestra relación con los demás: la *sociedad* en que vivimos.

Nunca hemos salido, por lo tanto, de un mundo mítico. Sólo nos hemos alejado de su comprensión.

El mito es la explicación que nos damos, en todos los casos, del mundo que deseamos vivir y, en contraparte, también del mundo que no deseamos.

"Com-posición" o *síntesis* de las acciones, como lo viera Aristóteles, él es el "cómo", la forma última, de toda obra poética, y por ello —podríamos interpretar nosotros— la raíz de ese lenguaje compartido o comunidad de palabra que, según el mismo filósofo, constituía la casa y la ciudad.

Religión, fe, filosofía, poesía y política, magia y ciencia, todo a la vez, en cada uno de estos caminos de una manera particular entre otras, pero siempre de una manera tal, teniendo conciencia del carácter mítico de toda descripción global de la realidad, nos sería posible retornar a la fuente verdadera y fantástica de nuestra vida colectiva y de nuestra vida humana de relación.

Es lo que contemporáneamente, desde su ángulo, dejó dicho Heidegger en forma magistral en sus luminosos escritos sobre Hölderlin.

* * *

Si lo dicho en estas notas, como relación de una reflexión tentativa, resulta aceptable, no rechazamos ofendidos el que un examen de las cosas nos pague con la misma moneda que utilizamos con una porción tan grande de la humanidad, y examinemos más de cerca el caso de quienes cargados con su intelectualidad sienten el desafío constante de darle sentido al mundo, pero cuyo reiterado fracaso en lograrlo los lleva a negar tal sentido, incapaces de transformar el dolor de su propia impotencia en el sereno reconocimiento del simple error, debido quizás a la falta de vocación para un trabajo tan arduo.

Es un modo optimista o al menos desafiante frente a lo comúnmente aceptado, que puede servirnos para cuestionarnos y plantearnos una salida más real sobre el mundo, más atendida a las incógnitas de un presente siempre ignorado y que es fruto del proceso de las transformaciones de una historia, y menos esquizofrénica o gratuita y gratificante en nuestro favor o en nuestra posición de jueces instalados y adoloridos.